QUIEN Y ¿POR QUE LLORAN?

1

Quién y ¿por qué lloran?
En los atardeceres lentos del otoño,
en los oscuros zaguanes de las
puertas entornadas se oyen
gemidos en las casas donde
nadie vive. Voces distantes
y no regresaban,
abandonados en el sol de las
acacias golpeaban la aldaba
al otro lado de la casa de yerbajos
e insectos desteñida
y muerta y en todas las esquinas
del herrero y la carbonería
ya no vive nadie.
Caminan como en postales y en silencio:
amenazan desde los aleros los
intrusos de gorras de visera, huyen
del oleaje y el fango los niños, aquel
olor a mimosa podrida, aquella
oscuridad de la morera. ¿Quién
llora en el vacío, qué recuerdos
crujen, qué paisajes se desperezan?
En las escaleras de los sueños se
encienden luces, están las puertas
entornadas, pero si salgo o cierro
los ojos dentro de los ojos cerrados
¿pueden llamarme y regresar de su
condición de imágenes o espejismos
o nieblas? Hubo una casa despoblada
en la que jugaban niños y llovía

despaciosamente en el jardín
atardecía y al escribir las voces
sólo puedo escuchar los paisajes
que escribo.

2

¿Por qué de las deshilachadas tardes
del pasado, de los enmarañados bosques
sumergidos en el sopor y la humedad
llegan tan claras las culpas, por
qué sobre el incierto tiempo del futuro
caen con tanta claridad, estas manchas
que zumban ante nuestros ojos, vidrios,
moscas que llegan del excremento,
por qué en la oscuridad de los sueños
tropezamos con precipicios de mares
sin escaleras ocasos dormidos y al despertar
nos perdemos en el olvido, escarbamos en las
hojas secas donde está el anillo, lugares
del mar donde se ha perdido la luz: esta
casa es aquella casa: la disposición de los
objetos, el óxido de las cerrajas, las estrías
de la luz, la lejanía de las calles, el
ruido de los bosques, laberinto
de imágenes, plaza mayor donde
se oye el baile que bailan al sol
los silenciosos que esperan que nunca
encontraremos? Anclados en el atardecer,
condenados a paisajes asustados o
a raposas con la boca llena de tierra
mientras al otro lado de los bosques se
cierran las ventanas de la casa
aquella que la luz oculta.

3

Aquellos crucifijos en la nieve y
el incesante ruido de los trenes
en el mar, los hormigueros,
las luces de la muerte

en aquel patio grande del colegio
vacío: aquellos niños que jugaban
tanto.

4

Reflejos de mica en los bosques
de barcas en la casa sin ventanas,
y se oían las calles de la iglesia.
Huimos de horizontes por los arenales,
palpamos el vacío del silencio y
despertamos en la sal, heridos,
agobiados por recuerdos, sedientos
de presente, aniquilados por sombras
de pirámides, barcas ancladas, estelas
y nenúfares, paisajes de sol
perdidos en la claridad nocturna.
Espejos que detrás de los espejos
ocultan las imágenes
de algún espejo oscuro de la infancia.,

5

Me despido de esta ciudad con los testículos
encogidos. ¿Habéis visto ciudades maldecidas,
acribilladas por la lluvia, en espasmos? ¿Habéis
recorrido de noviembre a marzo losas y
cadáveres? Diluviaba en Río, caminábamos
desnudos, en las azoteas de Barcelona las
besábamos antes de la catástrofe, ciudad
de parques en flor y reconciliaciones, vaho
en los pétalos, polen en las manzanas y en
los vidrios, niñeras arrullándome, caminábamos
por las losas del risueño cementerio, lloviznaba
la luz del sol, estaban las brujas en
las piedras del parque de las hojas,
las niñas del estanque, los parterres
de tulipanes, regresaba siempre, huía
siempre, no regresaban de la muerte, nos
encontrábamos en las calles sin reconocernos
apenas. ¿De qué vejez morían? ¿Por qué

caminan siempre por las mismas sombras
de los mismos tilos o aleros? Hundo
las lágrimas en la niebla, atravieso los
puentes del frío y los aullidos, ciudad
de árboles y jardines luminosos, dulces
penumbras, calles de zapatos y ciclámenes,
espejo de dos caras, infancia y hoy,
monedas en los rincones de la casa, barcas
ancladas en las veredas, nos esperan
los muertos en los bancos del parque donde
hundiamos cañas en el estanque.

6

¿Quién nos llevó al detritus, los cuervos,
las espantosas guerras, los oscuros paisajes
del infierno? o por el contrario, quién a
las rubias princesas, los jardines de Buckingham
Palace, las escaleras que conducen a los
ventanales de la sala del piano y Amanda.
Enfangados en los recuerdos, estremecidos
por su inaferrable luminosidad o los
cristales rotos de las habitaciones
oscuras con retazos de Alba, ramas
secas. Por qué nos esforzamos
entonces en crear imágenes no sólo
de ríos o praderas o los pueblos
dormidos en los atardeceres de Yoknapatawpha,
las secretas imágenes de las chicas enjabonándose
las nalgas o los efebos que corren
en nuestros bosques junto al mar
dormido de Portofino y Port Lligat, sino
imágenes que nos amenazan y nos
entorpecen, que enturbian los sueños y
envejecen a aquellas niñas del jardín
y nos llenan la boca de sangre que
escupimos al despertarnos. Caminamos
por espejos rotos en paisajes sin
cielo, como canciones que recordamos
y no podemos cantar. Por qué lloramos
a los muertos, qué es lo

irrecuperable, en qué sueños
creamos los horizontes, los pozos, las
ciénagas de la muerte, aquellos
vergeles de Jericó.

7

Cuando el verano se abandona y
desvanece y vomitan sangre enfangada
las rieras, fermentan las aguas
carroña insatisfecha e inútil
y se inicia la putrefacción, se
aplasta pesadamente y sucio
el cielo contra las casas sin mediodía,
llega la muerte como un silencio espeso
a sentarse en la mesa con su sayo
y sus huesudas piernas, la rala
cabellera y la sonrisa hueca que
nos mira sin posar sus diminutas
manos sobre nuestras cosas. Corren
las ratas asustadas, crujen las telarañas,
gotea el viento que se rompe y
rechina y huelen las imágenes a
la blanquecina ceniza que se posa
en las barcas de la arena de Otaca,
el humo de los castaños, el
desconcierto del puerco espín o
los ratones de los algarrobos.
Pasan
monjas efímeras por el puente
del convento a la huerta donde
orinaban con los ojos azules
vueltas hacia nosotros las niñas.
¿Por qué de San Luis a las fogatas
de la noche de San Juan se ilumina
la maresma de luces de cigarras y
en las noches de pájaros cobardes
los hilos del viento empiezan a tejer
sombras, a vaciar el aire o
a poblarlo de rubíes y de muerte?
Llega la muerte y se sienta en el jardín
de las acacias.

8

Las veo caminar por las calles nevadas
de casa, las veo deslizarse por los
sueños blanquecinos, se pierden,
vuelven, no miran nunca hacia mi
ventana donde estoy mirando.

9

En la noche caminamos por la arena
iluminada y escuchamos el chapaleteo
del oleaje, nos hundimos en la sal
hasta los pezones, caminamos sobre algas
y peces, tropezamos con barcas
abandonadas. Venían las muchachas
belgas a besarse, recordaba las lluvias
de setiembre en la riera, los maderos
y las bicicletas apoyadas en los castaños
de la avenida y en los viñedos
húmedos nos enseñábamos las nalgas,
comíamos uva o hacían pipí. En la
mesa de paño verde de los jugadores
las ocho manos han muerto que
miraban los cristales que dan al
balcón que da al paseo y al mar
donde gritan los niños. Hay
balandros abandonados en la ceniza
y aquellas vacas tristes de Jordana,
las oscuras pizarras de aquel salón
de niños que mirábamos por entre
los postigos polvorientos los
balandros de los veraneantes. En
Portofino donde estuve duermen
en la orilla las niñas desnudas y
aquí en Otaca todo es orín en
esta orilla desde donde
los balandros de la muerte de
julio al atardecer miran la
orilla, el paseo, las casas
de los postigos podridros, el viñedo donde
corren llorando las madres de las niñas
con el culo al aire.

10

Los vidrios a trizas y la mano
yerta. De aquel tanto amor tenian
cicatrices en el corazón sangrando
de sangre junto a las hortensias
del jardin al sol.

En otros veranos dormian desnudos
en el oleaje de aquellos recuerdos.
Jugaban con arena y conchas, las
pestañas sucias de mica y sudor.
Un abrazo ínfimo, basura en
el sexo y la boca. Se amaron tan
eternamente que el día de cuervos
les llegó durmiendo.

Ya no se querian
al amar a otros y estaban
desnudos al atardecer en aquella
playa donde se miraron
en la húmeda pupila humedecida
ahora por el amor definitivo
que las campanas vuelven a anunciar.

Volverán a amar, en el
mismo espejo verán otros cuerpos
en el mismo acto y al pasar la
lengua lamerán
la muerte.

11

No la página
ennoblecida por el tiempo humillante
o los libros urgentes en su hermosura
de silencio y abandono, sino
el poema, lo que iba siendo y lo que
está siendo, aliento sin imágenes, caminos
sin paisajes, los delirios de un dios
en trance de crearse.
El dolor de los recuerdos
y otro dolor más cerca de nosotros

y más irracional (las llanuras
del musgo) están también en estantes
oscuros para nadie. El dolor
del poema, su placer,
(las damas en la casa y sus sonrisas,
la mirada felina de las niñas rubias,
el nácar y las manos del
clavicordio) están en el dibujo del
poema: la parte
de la estatua que no vemos en el jardín
donde nunca estuvimos que admiramos,
los niños que eran padres de nosotros
huérfanos, la casa donde vivimos siempre:
el descampado,
el lugar del poema.

12

¿Verdad que es junio y que está a punto
de llover y que están los pájaros en
los tendales? ¿Recuerdas los recuerdos
del jardín de las zinias? la saliva
del ombligo en la playa del jardín.
Están zumbando por entre las flores,
¿oyes? ¿por qué se van mis hijos a jugar?
Llovía y llovía sobre el musgo y las chimeneas
de Londres y al irme para siempre de casa
les estoy besando en la boca el beso. Iba
y lloraba. No me toques las manos.
¿Ves allá al fondo el pueblo, sus quejidos?
¿Ves los pájaros abandonados en los algarrobos?
Aquella hierba, Celia ,aquella cara tuya
abandonada en el jardín. En la puerta
de la escuela,.¿vamos finalmente a salir
o estamos esperando? Yashin y Celia,
Ilya, no os vayáis que me pierdo.

13

¿En qué calles está mi casa y quién
me espera en el portal? Estuve
ayer en los sueños bajando las escaleras

de sal atormentado por el sol, aciago
caminante con el mar al fondo. ¿Dónde
está ahora caminando su belleza la
inventora de la belleza, la de la mirada
curvilinea y el sopor de los besos? En
el precìpicio de los escalones están
los fragmentos del paisaje y
allí estoy perdido y melancólico, en
el agua salpicada de sol rodeada
de higueras silenciosas. En las lejanias
está tu voz en el silencio y yo
te hablo en las ondulaciones azules del
silencio, en los paisajes de las alfombras.
Hermosisima bruja y milagrosa hechicera
de sinagoga, burbuja, vello en los lóbulos
de porcelana, desnuda por las calles
de mis enemigos, florero en el rincón
de luz, hace mucho más de estos tres
años que escribo Celia en todas las
barcas y te persigo en los espejos cerca
del mar inmóvil, la playa de ceniza
y las motocicletas. La estatua del jardín
del mar que recordamos me besa el sexo
y duermes.

JUAN ANTONIO MASOLIVER

116 Fordwych Road
LONDON N.W.2 (Inglaterra)